

La escritura del desastre

Editorial Trotta-Pruebas

La escritura del desastre

Maurice Blanchot

Traducción de Cristina de Peretti y Luis Ferrero Carracedo

E D I T O R I A L T R O T T A

Cet ouvrage a bénéficié du soutien
des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra se ha beneficiado
de los Programas de ayuda para la publicación del Institut français.

LA DICHA DE ENMUDECER

Título original: L'écriture du désastre

© Editorial Trotta, S.A., 2015
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
<http://www.trotta.es>

© Éditions Gallimard, 1980

© Cristina de Peretti y Luis Ferrero Carracedo, para la traducción, 2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 978-84-9879-569-1
Depósito Legal: M-10916-2015

Impresión
Grupo Gráfico Gómez Aparicio

El desastre lo arruina todo al tiempo que deja todo tal cual. No alcanza a este o a aquel, «yo» no estoy expuesto a su amenaza. En la medida en que, salvado, dejado de lado, el desastre me amenaza, amenaza en mí a aquello que está fuera de mí, a otro distinto de mí que pasivamente se convierte en otro. No hay alcance del desastre. Fuera de alcance está aquel al que amenaza, no sabríamos decir si de cerca o de lejos — lo infinito de la amenaza ha roto en cierto modo todo límite. Estamos al borde del desastre sin que podamos situarlo en el porvenir: está más bien siempre ya pasado y, sin embargo, estamos al borde o bajo la amenaza, todas ellas formulaciones que implicarían el porvenir si el desastre no fuese aquello que no viene, aquello que ha detenido toda venida. Pensar el desastre (si es posible, y no es posible en la medida en que presentimos que el desastre es el pensamiento) es no tener ya porvenir para pensarlo.

El desastre está separado, es lo que está más separado.

Cuando el desastre sobreviene, no viene. El desastre es su inminencia pero, dado que el futuro, tal y como lo concebimos en el orden del tiempo vivido, pertenece al desastre, el desastre ya lo ha retirado o disuadido siempre, no hay porvenir para el desastre, de la misma manera que no hay tiempo ni espacio en el que este se cumpla.

Él no cree en el desastre, no se puede creer en él, tanto si se vive como si se muere. No hay fe alguna a su medida sino, al mismo tiempo, una suerte de desinterés, desinterés desinteresado del desastre. Noche, noche en blanco — así es el desastre, esa noche que carece de oscuridad, sin que la luz la ilumine.

El círculo, desenrollado en una recta rigurosamente prolongada, vuelve a formar un círculo eternamente privado de centro.

La «falsa» unidad, el simulacro de unidad, la comprometen mejor que su encausamiento directo que, por lo demás, no es posible.

¿Escribir acaso sería, en el libro, tornarse legible para cada cual y, para sí mismo, indescifrable? (¿Acaso Jabès no nos lo ha dicho casi?).

Si el desastre significa estar separado de la estrella (el ocaso que marca el extravío cuando se ha interrumpido la relación con el azar de arriba), indica la caída bajo la necesidad desastrosa. ¿Sería la ley el desastre, la ley suprema o extrema, lo excesivo de la ley no codificable: aquello a lo que estamos destinados sin estar concernidos? El desastre no nos mira, no nos incumbe, es lo ilimitado sin mirada, aquello que no puede medirse en términos de fracaso ni como la pérdida pura y simple.

Nada basta para el desastre; lo cual quiere decir que, de la misma manera que la destrucción en su pureza de ruina no le conviene, tampoco la idea de totalidad podría marcar sus límites: todas las cosas alcanzadas y destruidas, los dioses y los hombres de nuevo conducidos a la ausencia, la nada en el lugar de todo: es demasiado y demasiado poco. El desastre no es mayúsculo, torna quizá vana la muerte; no se superpone, a la vez que lo suple, al espaciamento del morir. Morir nos proporciona en ocasiones (sin duda equivocadamente) el sentimiento de que, si muriésemos, escaparíamos al desastre, y no de que nos abandonaríamos a él — de ahí la ilusión de que el suicidio libera (pero la conciencia de la ilusión no la disipa, no deja que nos apartemos de ella). El desastre cuyo color negro habría que atenuar —reforzándolo— nos expone a cierta idea de la pasividad. Somos pasivos en relación con el desastre, pero el desastre es quizá la pasividad y, en ese sentido, pasado y siempre pasado.

El desastre se cuida de todo.

El desastre: no el pensamiento que se ha vuelto loco, ni quizá siquiera el pensamiento en cuanto que porta siempre su locura.

Al arrebatarnos ese refugio que es el pensamiento de la muerte, al disuadirnos de lo catastrófico o de lo trágico, que hace que nos desinterese de todo querer y de todo movimiento interior, el desastre no nos permite tampoco jugar con esta pregunta: ¿qué has hecho para el conocimiento del desastre?

El desastre está del lado del olvido; el olvido sin memoria, la retirada inmóvil de aquello que no ha sido trazado — lo inmemorial quizás; acordarse por olvido, de nuevo el afuera.

«¿Has sufrido por el conocimiento?». Esto es lo que nos pregunta Nietzsche, a condición de que no nos equivoquemos con respecto a la palabra sufrimiento: el padecimiento, lo «en absoluto» de lo totalmente pasivo en retirada con respecto a toda vista, a todo conocer. A menos que el conocimiento no nos porte, no nos deporte, al ser conocimiento no del desastre sino como desastre y por desastre, por él golpeados y sin embargo no afectados, cara a cara con la ignorancia de lo desconocido, olvidando así constantemente.

El desastre, preocupación por lo ínfimo, soberanía de lo accidental. Eso hace que reconozcamos que el olvido no es negativo o que lo negativo no viene tras la afirmación (afirmación negada), sino que está relacionado con lo más antiguo, lo que vendría de la profundidad de los tiempos sin que jamás haya sido dado.

Es cierto que, con relación al desastre, morimos demasiado tarde. Pero eso no nos disuade de morir, nos invita, al escapar al tiempo en el que siempre es demasiado tarde, a soportar la muerte inoportuna, sin relación con nada que no sea el desastre como retorno.

Nunca decepcionado, no por falta de decepción, sino porque la decepción siempre es insuficiente.

No diré que el desastre es absoluto; desorienta por el contrario lo absoluto, va y viene, desasosiego nómada, y no obstante con la prontitud

insensible aunque intensa del afuera, como una resolución irresistible o imprevista que nos llegaría del más allá de la decisión.

Leer, escribir, tal y como se vive bajo la vigilancia del desastre: expuesto a la pasividad fuera de pasión. La exaltación del olvido.

No eres tú quien hablará: deja que el desastre hable en ti, aunque sea por olvido o por silencio.

El desastre ya ha superado el peligro, incluso cuando estamos bajo la amenaza de —. La característica del desastre es que nunca estamos ahí sino bajo su amenaza y, como tal, superación del peligro.

Pensar sería nombrar (llamar) al desastre como reserva mental.

No sé cómo he llegado ahí, pero es posible que llegue al pensamiento que conduce a mantenerse a distancia del pensamiento; pues eso es lo que este da: la distancia. Ahora bien, ¿ir hasta el extremo del pensamiento (bajo la especie de ese pensamiento del extremo, del borde) acaso solo es posible si no se cambia de pensamiento? De ahí esta inyunción: no cambies de pensamiento, repítelo, si puedes.

El desastre es el don, da el desastre: es como si hiciese caso omiso del ser y del no-ser. No es advenimiento (lo propio de lo que llega) — no llega, de modo que no llego siquiera a ese pensamiento, salvo sin saberlo, sin la apropiación de un saber. ¿O acaso hay advenimiento de lo que no llega, de lo que vendría sin llegada, fuera de ser y como por deriva? ¿El desastre póstumo?

No pensar: sin moderación, con exceso, en la huida despavorida del pensamiento.

Él se decía a sí mismo: no te matarás, tu suicidio te precede. O bien: él muere no siendo apto para morir.

El espacio sin límite de un sol que daría testimonio no del día sino de la noche liberada de estrellas, noche múltiple.

«Conoce qué ritmo tiene apresados a los hombres» (Arquíloco). Ritmo o lenguaje. Prometeo: «En este ritmo estoy atrapado». Configuración cambiante. ¿Qué ocurre con el ritmo? El peligro del enigma del ritmo.

«A menos que exista en el espíritu de cualquiera que haya soñado con los humanos hasta sí mismo nada más que una cuenta exacta de puros motivos rítmicos del ser, que son sus signos reconocibles» (Mallarmé).

El desastre no es sombrío, liberaría de todo si pudiese tener relación con alguien, se lo reconocería en términos de lenguaje y al término de un lenguaje mediante una gaya ciencia. Pero el desastre es desconocido, el nombre desconocido para aquello que en el pensamiento mismo nos disuade de ser pensado, alejándonos por la proximidad. Único para exponerse al pensamiento del desastre que deshace la soledad y desborda toda especie de pensamiento, como la afirmación intensa, silenciosa y desastrosa del afuera.

Una repetición no religiosa, sin pesar ni nostalgia, retorno no deseado; ¿acaso el desastre no sería entonces repetición, afirmación de la singularidad de lo extremo? El desastre o lo no verificable, lo impropio.

No hay soledad si esta no deshace la soledad para exponer lo único al afuera múltiple.

El olvido inmóvil (memoria de lo inmemorable): así se describe el desastre sin desolación, en la pasividad de un abandono que no renuncia, no anuncia, sino el impropio retorno. El desastre, nosotros lo conocemos quizá con otros nombres quizás alegres, declinando todas las palabras, como si pudiese haber un todo para las palabras.

La calma, la quemadura del holocausto, la aniquilación de mediodía — la calma del desastre.

No está excluido, pero como alguien que no entraría ya en ninguna parte.